

pecial favor no sirvió á Alfonso, sino de un nuevo y mas fuerte estímulo para dedicarse con mayor empeño al servicio del Señor.

Algunos meses despues, aunque no se habia cumplido el tiempo de los intersticios, el mismo cardenal Pignattelli, en atencion al gran bien que Alfonso, sin embargo de no ser mas que diácono, hacia con sus predicaciones, quiso hacerlo ordenar de sacerdote, como en efecto se verificó el 21 de Diciembre del mismo año de 1726, teniendo entonces treinta años y cerca de tres meses de edad. Intimamente penetrado de la sublimidad del grado á que acababa de ser elevado y con el placer de verse aun mas ligado con este nuevo vínculo á su Señor, como deseaba, al dar las mas espresivas gracias á aquel Dios que por su infinita bondad se habia dignado elegirlo para ministro suyo, no dejó de consagrarse de nuevo todo entero á él y á su gloria. Por esto puede cada uno comprender muy bien, con qué disposiciones, con qué sentimientos de humildad, de amor, de gratitud, de deseo y de otros afectos devotos, acompañados de la mas viva fé, se acercaria al sagrado altar para ofrecer la primera vez á Dios la víctima del Cordero immaculado. Si su fervor y su recogimiento eran muy grandes para rezar las horas canónicas, así como para todas sus prácticas piadosas, y particularmente al visitar á

su Señor en la hostia sacrosanta, ¡oh y cuánto mayor no fueron cuando vió venir á sus manos al mismo Jesus para renovar por su medio el sacrificio de la cruz! Y este primer fervor de Alfonso nunca fué pasajero ni momentáneo, de modo que despues llegase á faltar y disminuirse, no, porque si bien toda su vida no era mas que una perfecta y mas que bastante disposicion para celebrar los divinos misterios, nunca lo hacia sin anticipar la mas fervorosa preparacion y sin añadir un muy largo hacimiento de gracias, como mejor lo diremos en otra parte.

CAPITULO III.

Tareas apostólicas de San Alfonso por el bien de las almas.

Ordenado ya de sacerdote, el mismo cardenal Pignattelli atendiendo á la estimacion que cada vez crecia mas en él, del mérito de Alfonso, le encomendó inmediatamente la no muy fácil empresa de dar los ejercicios espirituales á todo el respetable y docto clero de la ciudad de Nápoles, sin embargo de que entre ellos habia otros muchos hombres apostólicos de gran mérito. Muy bien habria querido Alfonso sustraerse de este encargo, tanto por su humildad,

como por el bajo concepto que tenia de sí mismo; pero obligado por la obediencia, tuvo que aceptarlo. Verificada su tarea en la iglesia de Santa Restituta, tuvo tan buen éxito, que así el cardenal arzobispo que asistió muchas veces, como todo el numeroso clero de aquella ciudad, quedaron tan admirados y tan encantados de su desempeño, que encomiaron al nuevo sacerdote como digno preconizador del evangelio.

De allí en adelante tuvo Alfonso un campo mas vasto para apagar, á lo menos en parte, aquella sed ardentísima que ya tenia de convertir y ganar almas para Dios. Así es que no pasaba dia sin que predicase en alguna iglesia, particularmente donde se hallaba manifiesto Jesus sacramentado, y siempre con una extraordinaria concurrencia de toda clase de personas. Bastaba solo oir el nombre de Alfonso para que todos acudiesen á porfia, llevados no ya de mera curiosidad y del placer de oirlo predicar, sino del deseo de aprovecharse de sus instrucciones. Y en verdad que Alfonso, ademas de un gran fondo de doctrina, de una gran facilidad en el decir, de tan suma claridad para espresarse, que se hacia entender hasta de las personas mas idiotas, y ademas tambien de una elocuencia no esquisita y de palabras, sino natural, llena de sentimientos y adaptada al objeto, tenia un decente y superior gesto y una voz tierna y penetrante; así

es que deleitaba al mismo tiempo que se insinuaba casi insensiblemente en el ánimo de su auditorio, que es el máximo de todos los requisitos que se requieren en un orador sagrado. A todo esto se agrega, que él no predicaba la humana sabiduría del mundo, sino la pura doctrina del evangelio, á Jesus, y eso crucificado; y lo hacia con tal celo y fervor, que sus palabras eran como unos dardos agudos que penetraban y despedazaban hasta los mas duros corazones. No obstante esto, podia decirse muy bien, que Alfonso predicaba mucho mas con el ejemplo que con las palabras, como justamente debe hacer todo ministro del evangelio que quiera sacar algun fruto de sus afanes. La notoriedad de su buena vida, su exterior penitente y mucha pobreza en el vestido, todo esto era mas que suficiente para conciliarle el mas alto aprecio y veneracion, y para conmovier los ánimos, escitando en ellos un verdadero ódio al vicio y un amor estable á la virtud.

Por tanto, no debemos maravillarnos de que bendiciendo el Señor las fatigas de Alfonso, y cooperando con su divina gracia, sacase tan copioso fruto de ellas, y que se viesen todos los dias tantos hombres y mujeres, endurecidos y envejecidos en los vicios mas abominables, movidos por su predicacion, salir de aquel fétido lodo en que por tanto tiempo yacian

sumergidos, convertirse á verdadera penitencia y emprender una vida enteramente cristiana. Entre éstos, que muy bien puede decirse fueron innumerables, hubo dos célebres salteadores y hombres de mala vida, que con la voz y las instrucciones de Alfonso, no solo se convirtieron, sino que desde entonces llevaron una vida tan penitente que murieron en olor de santidad. El mismo padre de Alfonso, pasando un dia por la iglesia del Espíritu Santo, donde estaba dando los ejercicios espirituales, viendo que se agolpaba mucha gente para entrar, entró él tambien y se encontró con que su hijo era el que predicaba, y viendo que lo hacia con un espíritu tan fervoroso y con tanto celo, quedó tan consolado y compungido, que al salir de la iglesia no pudo menos que decir: *mi hijo me ha hecho conocer á Dios.* Vuelto á su casa, abrazó á Alfonso; se escusó con él y le pidió perdon por haberse opuesto con tanto empeño á que fuese eclesiástico: concibió despues de esto una gran estimacion por su virtud, y de cuando en cuando solia repetir con cierto énfasis de placer, que su hijo le habia hecho conocer á Dios.

Pero á las tareas de la predicacion habia añadido Alfonso las otras no menos gravosas de la confesion; así es que un año despues de su presbiterado, el mismo cardenal Pignattelli, su arzobispo, lo obligó bajo

precepto de obediencia á servirse de la facultad que se le concedió de confesar hombres y mujeres: tan grande era el aprecio que aquel digno purpurado habia de la capacidad, prudencia y bondad de Alfonso. Este, en efecto, si se habia portado tan bien y con tanto provecho de las almas en el primer empleo, no lo hizo con menos habilidad en el segundo. La amabilidad con que acogia igualmente á las personas de toda especie y condicion, la paciencia con que las escuchaba, la dulzura con que las amonestaba y les hacia conocer el infeliz estado de su alma, la manera tierna y persuasiva con que les representaba la ingratisima correspondencia que habian usado con un Dios tan bueno, que los habia sufrido hasta entonces esperando su arrepentimiento, y sobre todo, aquel ardor de su espíritu que con sus abrasadas palabras sabia insinuar tan bien en sus ánimos, hacian que excitados á un verdadero dolor y á una sincera detestacion de sus culpas, se reconciliasen de corazon con Dios, y perseverasen constantes en el cristiano tenor de vida nuevamente emprendido. Con esto era grandísimo el número de los que acudían á él para confesarse, y no era raro que tuviese que emplear casi el dia entero y algunas veces una buena parte de la noche en escucharlos.

Por otra parte, el deseo en que ardía Alfonso de

ganar almas á Dios y encaminarlas mas y mas por la senda de la virtud, no estaba todavía satisfecho, y así para instruir mejor á sus penitentes y confirmarlos en sus santos propósitos, pensó reunirlos por las noches en el verano en algun sitio lejano y solitario de la ciudad. Primero eligió para esto la plaza que está ante la iglesia de Santa Teresa de los padres carmelitas descalzos, despues la de arriba del Santo Corde-ro, y finalmente, la plaza que se halla delante de la Estrella de los padres, esto es, de San Francisco de Paula, por mas cómoda y menos frecuentada. Aquí, pues, se veía por las noches reunida una multitud de gente de la mas baja y vil condicion, y por lo mismo tanto mas acepta y agradable á Alfonso, para ser instruida por él en la doctrina cristiana. Habiendo llegado esto á noticia de algunos sacerdotes piadosos, particularmente á la de aquellos que hacia mucho tiempo que habian contraído amistad espiritual con Alfonso en la visita del jubileo de las cuarenta horas, así como á la de algunas personas laicas que llevaban una vida espiritual, quisieron pertenecer á estas reuniones, tanto mas, cuanto que ya sabian y conocian perfectamente el mérito de Alfonso. Aumentada así esta devota sociedad, se alternaban sus miembros para pronunciar en el lugar destinado discursos sobre Dios y sobre materias espirituales; y cuando le toca-

ba hablar á Alfonso, lo hacia con tal fervor, que cada uno se sentia escitar mas y mas al ódio del pecado y encenderse al mismo tiempo en el amor de Dios y en el deseo de adquirir las virtudes cristianas.

Despues de algun tiempo, sumamente envidioso el demonio del bien que se hacia con esto, instigó á algunas personas á que denunciasen al gobierno esta mística reunion, como compuesta de gente sospechosa y mal intencionada, y se dió orden para que todos los concurrentes fuesen presos y conducidos á la cárcel: mas por una disposicion celestial, la noche en que se ejecutó la orden no concurrió ningun eclesiástico, sino algunas personas laicas; y éstas, luego que fueron vistas por el gefe en ocupaciones devotas, y que manifestaron el verdadero objeto de su reunion, fueron reconocidas inocentes y despedidas á sus casas, añadiéndoles que llevasen en paciencia el agravio que se les habia hecho. Sin embargo, la reunion quedó enteramente disuelta, y los eclesiásticos que pertenecian á ella, dispusieron reunirse solos en casa de alguno de ellos, y al efecto escogieron la del sacerdote D. Domingo Letizia. Tenian sus reuniones con frecuencia, á las que no faltaba Alfonso, y formaban una especie de comunidad religiosa: dieron á una pieza de la casa la forma de capilla con un altarcito, y congregados en ella á manera de un coro de perso-

nas claustrales, rezaban con mucha devocion y fervor las horas canónicas, el rosario, las letanías de la Santísima Virgen, y otras pécas devotas, haciendo igualmente en comun la oracion mental y sin faltar jamas á la visita de costumbre al Santísimo Sacramento. Y para que no hubiese accion en que no se meditase y se tuviese la mente empleada en santos pensamientos, solian poner sobre la mesa, que tambien era común, una imagencita del Niño Jesus, como si fuese su superior, con un plato vacío delante, donde cada uno ponía un poco de su comida, aunque de suyo bastante frugal y escasa, como parte de dicho Niño, y después se distribuía á los pobres, que realmente son los que representan la persona de Jesucristo. Ademas de esto, procuraban mortificar su cuerpo con las disciplinas que se hacian en comun, y tambien cada uno en particular, segun su fervor: pero Alfonso, así como superaba á todos en las otras prácticas devotas, tambien los aventajaba en la maceracion de su cuerpo, porque ademas de las disciplinas de sangre, lo destrozaba con ásperos cilicios, con eadenas de fierro, con juboneillos de crin de caballo, y con otras cosas que le sugeria el deseo de padecer en que ardia, y todo con tal arte y secreto, que nunca se habria descubierto nada, si sus compañeros que siempre tenian los ojos fijos en él, observando y es-

piando todas sus acciones y procedimientos, no lo hubieran penetrado casualmente. Por otra parte, no era esta una cosa nueva para Alfonso, porque luego que vistió el traje eclesiástico, no solo emprendió este estado con espíritu fervoroso, sino que se dedicó muy particularmente á crucificarse á sí mismo y á negarse toda clase de alivio, aunque fuera leve, de manera que desde entonces fueron para él comunes y familiares las vigiliás nocturnas pasadas en oracion, los ayunos, los cilicios, las disciplinas y otros medios de que se valia para affigir su cuerpo. Así es que descubriendo su madre en la ropa blanca el cruel suplicio en que ponía su cuerpo con las disciplinas de sangre, rogaba á sus compañeros lo indujesen á moderarse algun tanto en esto. Si era siempre parco en sus alimentos, el sábado no tomaba mas que pan y agua en honor de la Santísima Virgen de quien era sumamente devoto, como se dirá en su lugar, y su vestido era tan modesto y despreciable, que parecia uno de los eclesiásticos mas pobres de Nápoles.

Mientras que Alfonso con estos piadosos eclesiásticos, que entre otros muchos eran el ornamento y decoro del clero napolitano, se ejercitaban en estos actos de piedad y de virtud, y adelantaban en el camino de la perfeccion cristiana, tentó de nuevo el infierno trastornarlos y hacerlos abandonar tan santo

ejercicio, suscitándoles en contra algunos vecinos, que con el pretexto de que el cántico de los Salmos y lo demas que hacian les molestaba mucho, comenzaron á alborotar y á pretender que se fuésen de allí. Entonces Alfonso para evitar toda clase de quejas y disputas, resolvió comprar á sus espensas una casa, situada fuera de la puerta de S. Genaró, como lo hizo, y allí prosiguieron tranquilamente su vida eremítica, penitente y devota.

Si por otra parte, se disolvió la devota reunion de la plaza de la Estrella, no por esto perdió de vista Alfonso la instruccion de aquella gente baja, sino que exhortó y animó á algunos de sus mas fervorosos é instruidos penitentes para que reuniendo en alguna parte á esta clase de gente, la amaestrasen en las máximas de la religion. Así sucedió en efecto; y habiéndose aumentado bastante estas reuniones, con gran provecho de la plebe mas ínfima é idiota, se dió á esta práctica un sistema mas regular, y con el consentimiento del mismo cardenal Pignattelli, si antes se reunian en las casas particulares, comenzaron á juntarse en los oratorios públicos y en las capillas, por lo que se llamó la institucion de las Capillas; cuya obra se ha reconocido por todos que es muy provechosa y originada principalmente de los cuidados y desvelos de Alfonso.

Por aquel tiempo habia llegado á Nápoles el sacerdote D. Mateo Ripa, hombre verdaderamente apostólico, de vuelta de la China, donde se habia ejercitado por muchos años en las misiones, y habia traído consigo cuatro jóvenes chinos para educarlos y adiestrarlos en la predicacion y despues mandarlos á su país en auxilio de aquellas misiones, haciendo venir otros de cuando en cuando con el mismo objeto. Desde el año de 1724 se hallaba en Nápoles, pero no ejecutó su intento, ni abrió un colegio de alumnos para aquella nacion, hasta el de 1729, despues de obtenida la aprobacion del Sumo Pontífice Benedicto XIII, así como el permiso del emperador Carlos VI, que reinaba en Nápoles. Regocijándose mucho Alfonso con un establecimiento tan grande y tan ventajoso para las almas, pensó inmediatamente retirarse á dicho colegio de simple huésped, tanto por alejarse de la casa paterna y vivir con mayor recogimiento, como para atender con mas libertad al bien de las almas, é instruirse mas y mas en el sagrado ministerio de la predicacion, bajo un tan esperto y docto maestro como justamente era el célebre sacerdote D. Mateo Ripa: así es que en el mismo año entró como huésped, teniendo entonces treinta y tres años de edad. Pero como tambien eran admitidos en clase de alumnos los jóvenes italianos que animados de ce-

lo quisiesen llevar la luz del evangelio á tan remotas naciones, no se pasó mucho tiempo sin que le ocurriese á Alfonso hacerse alumno, dispuesto á ir á China á convertir á aquellos infelices y hasta á sacrificar su vida. Mas habiéndolo consultado con el padre Pagano su director, y desaprobando éste su resolución, diciéndole que continuase en Nápoles sus fatigas apostólicas, dió de mano á todas aquellas ideas, y permaneció como huésped.

El superior del colegio que lo era, el mismo D. Mateo Ripa, que ya estaba muy bien informado del mérito de Alfonso, y que en las visitas que ambos hacían al hospital de los incurables habia contraído con él una estrecha amistad, no solo lo acogió con muchísimo gusto, sino que muy pronto lo encargó de predicar en la iglesia anexa llamada de los *Chinos*: con esto, al estrenarse esta iglesia, dió en ella los ejercicios espirituales y habló con tanta fuerza y celo en su primer sermón, tanto contra las falsas y fugaces vanidades del mundo, como de los verdaderos é inmarcesibles bienes de la vida eterna, que trece doncellas, entre las cuales algunas habian tratado ya esposales, renunciaron á todo, eligieron por esposo á Jesucristo, y una por fin murió en olor de santidad. De allí en adelante fueron repetidos los sermones de Alfonso, y con esto llegó á ser aquella iglesia muy

frecuentada, tanto mas, quanto que habiéndolo encargado el mismo superior, no solo de todo lo que hubiese que predicar, sino aun de las confesiones, no era poca la gente que acudía á buscar á sus piés el perdon de sus culpas. Por otra parte, olvidado de sí mismo y no curándose de ninguna incomodidad, lo hacia todo, escuchaba á todos, y no rara vez sucedia que en algunos dias, sobre todo en los festivos, continuase confesando durante la primera y segunda mesa, y tambien tal vez, que dificilmente tomase algun bocado despues de concluida la recreacion comun. Despues, por la noche, al volver al colegio, terminada la visita ordinaria de Jesús sacramentado, se veia venir acompañado de una turba de penitentes; de modo que permanecia confesando por muchas horas hasta bien avanzada la noche.

No por esto dejó Alfonso de continuar predicando en las otras iglesias de Nápoles: antes por el contrario, casi no habia dia que no predicase ya en una ó ya en otra iglesia, y siempre con indecible concurso de gentes y con grandísimo fruto de las almas; porque se podia decir que eran casi infinitas las conversiones á Dios que se verificaban todos los dias que predicaba. Ni tampoco se habia separado de sus primeros colegas de las misiones apostólicas, sino que iba siempre con ellos en los tiempos señalados para

las misiones á varios lugares del reino. En estas ocasiones le encargaban generalmente el gran sermón de por la noche, porque todos veían que con su mucho celo y la manera particular y don que tenia para predicar, sabia mover hasta los corazones mas endurecidos en el vicio y mas renuentes á la virtud; por lo que se podia decir muy bien, que era muy poderoso en obras y en palabras. Así es que Alfonso era como el alma de estas misiones y sostenia el mas grave peso de ellas, tanto por el mayor trabajo de la predicacion, como por la mayor asiduidad en escuchar las confesiones de los muchos que acudian á él; pero siempre obediente á cualquiera orden de sus superiores y celosísimo por el bien de las almas, no perdonaba fatiga ni se cuidaba del descanso, sino que se hacia todo para todos, á fin de ganarlos para Jesucristo. De este modo, jamas partia de estos lugares cultivados y fertilizados con sus fatigas y sudores, sin llevar consigo una multitud de despojos hechos al infieruo, y de presas recobradas del demonio.

Mientras que Alfonso se mostraba tan infatigable por la santificacion de los otros, no perdía de vista la suya propia. Mortificaba mucho su cuerpo, no solo con tantas fatigas apostólicas, sino tambien con la calidad y escasez del alimento, y con otros muchos instrumentos de penitencia con que lo destrozaba con-

tinuamente. Además, robaba muchas horas de la noche al descanso indispensable, para emplearlas en la oracion y en la contemplacion de las cosas celestiales, para estrecharse siempre mas y mas con su Dios, y recibir de él las fuerzas y las luces necesarias para cumplir bien con los deberes de su ministerio: con lo que fácilmente puede comprenderse, cómo toda su conducta correspondia plenamente á lo que los sagrados cánones prescriben con respecto á los deberes de los eclesiásticos. Si, él no fué siempre exacto sino escrupulosísimo observador de ellos, y tanto, que así en sus palabras como en su porte y en cualquiera otra de sus acciones, no se oyó ni se vió jamas cosa alguna que pudiese parecer, no diré contraria, pero ni aun no conforme en todo con las constituciones apostólicas, de modo que era reputado y llamado por todos, como en efecto lo era, modelo perfectísimo de un excelente eclesiástico.